

ayudar al viento. Las pocas adherencias, que facilitaban el trabajo de Gilliatt, eran para él el verdadero peligro. Todo podía á la vez venirse abajo y arrastrarle en su caída.

La tempestad se hallaba en su paroxismo; hasta entonces fué imponente, ahora llegaba á ser horrible. La convulsion del mar invadió el cielo. La nube, que hasta aquel momento fué soberana y obraba como queria, dábale impulso, infundía á las olas su locura, pero conservaba, sin embargo, no sé qué lucidez siniestra. Abajo dominaba la demencia, arriba la cólera. El cielo es el soplo, el Océano solo es la espuma. El huracán es un génio, pero la embriaguez de su propio horror le habia turbado y no era más que un torbellino. Era la ceguedad engendrando la noche.

En las tormentas hay un momento insensato, que es para el cielo como un vapor que se le sube al cerebro. El abismo no sabe lo que se hace y fulmina rayos á tientas. Ese momento es espantoso. La trepidacion del escollo llegaba á su colmo. Toda tempestad tiene misteriosa ostentacion, pero que la pierde cuando llega ese momento. Es el lado malo de la tempestad. *Entonces, decia Tomás Fuller, el viento es un loco furioso.* Entonces las tempestades hacen el gasto continuo de electricidad que Pidginton llama *la cascada de relámpagos.* Entonces aparece en lo más negro de la nube, para espiar el azoramiento universal, un círculo de resplandor azul, que los antiguos marinos españoles llamaban *el ojo de la tempestad.*

Este ojo lúgubre miraba á Gilliatt, que estaba observando la nube. A cada hachazo que daba se erguia altanero. Estaba ó parecia estar demasiado perdido para que no le dominase el orgullo. Desesperaba? No. Ante el supremo arrebató de rabia del Océano era tan prudente como atrevido. Solo ponía los piés en los puntos sólidos de la *Duranda.* Como la tempestad, tambien habia llegado á su paroxismo. Su vigor se centuplicaba; estaba loco de intrepidez. Sus hachazos resonaban como desafíos. Parecia haber ganado en lucidez lo que la tempestad habia perdido. En este terrible conflicto luchaban, por una parte lo inagotable y por otra lo infatigable, hasta vencerse el uno al otro.

Las nubes terribles modelaban en la inmensidad máscaras de górgonas, causando la mayor intimidacion posible; la lluvia venia de las olas; la espuma, de

las nubes; los fantasmas del viento se encorvaban; fases de meteoros aparecian purpúreos y se eclipsaban, haciendo más negra la oscuridad despues de sus desvanecimientos; un chaparron inmenso caia por todas partes; todo era ebullicion; la sombra en masa se desbordaba; los cúmulos cargados de granizo, desgarrados y de color de ceniza, parecian ser presa de frenesí giratorio; se oia en el aire ruido de granos secos pasados por una criba; las electricidades inver-sas, que observó Volta, producian de una á otra nube su fuego culminante; las prolongaciones del rayo eran espantosas; los relámpagos tocaban casi á Gilliatt, que parecia asombrar al abismo.

Iba y venia por la *Duranda* vacilante; sus pasos hacian temblar la cubierta y golpeaba, cortaba y tronchaba, con el hacha en la mano, lívido á la luz de los relámpagos, desmelenado, descalzo y haraposo, con el rostro lleno de salivazos del mar y grande en medio de aquel laberinto de truenos. Solo la destreza puede luchar contra las fuerzas en delirio, y la destreza hacia triunfar á Gilliatt. Quería producir la caída general de la parte de buque dislocada, y debilitaba las partes próximas á derrumbarse, sin romperlas del todo, para dejar algunas fibras que sostuviesen el resto. De pronto se paró con el hacha levantada. Habia terminado la operacion. El pedazo entero se desprendió.

La mitad del esqueleto de la *Duranda* se deslizó entre los dos Douvres ante la vista de Gilliatt, que estaba sobre la otra mitad de pié, inclinado y observando. El trozo desprendido cayó verticalmente en el agua, salpicó las rocas y se detuvo en la angostura antes de tocar el fondo. Quedó bastante fuera del agua para dominar el oleaje á más de doce piés de altura; el tablero vertical formaba muralla entre los dos Douvres, y como la roca atravesada en el estrecho un poco más arriba, dejaba apenas filtrar la espuma por sus dos extremos. Esta fué la quinta barricada que improvisó Gilliatt en contra de la tempestad en aquella calle del mar. Era una suerte que la proximidad de las paredes hubiera impedido á esta barrera llegar hasta el fondo. Así tenia mayor altura; además, podia el agua sin obstáculo pasar por debajo y aumentar la fuerza de las tablas.

Desde entonces estaba ya vencida la borrasca: Gilliatt no podia temer ni por su barco ni por la máquina. El agua no

podia ya circular á su alrededor. Entre la cerca de los Douvres que les cubria por el Oeste y la nueva barrera que les protegía por el Este, ningun golpe de mar ni de viento podia alcanzarlos.

Gilliatt sacó su salvacion de la misma catástrofe, consiguiendo la ayuda de la tempestad. Convencido de que estaba sano y salvo, tomó de un charco de lluvia un poco de agua con el hueco de la mano, bebió, y dirigiéndose al huracán, le dijo:—Zopenco!

Dá alegría irónica á la inteligencia que combate hacer constar que la vasta estupidez de las fuerzas furiosas solo consigue prestarle servicios, y Gilliatt sintió la inmemorial necesidad de insultar al enemigo, necesidad que se remonta á los tiempos de Homero.

Gilliatt fué á su buque, aprovechándose de la claridad de los relámpagos, para examinarle. Ya era hora de que acudiera á socorrerle. Soportó violentas sacudidas y comenzaba á torcerse. Gilliatt no le encontró ninguna avería á primera vista, á pesar de que reconoció que habia sufrido choques rudos.

En cuanto el agua se calmó, el casco se habia enderezado por sí mismo; las anclas se habian portado bien, y las cuatro cadenas sujetaban admirablemente la máquina. Cuando Gilliat terminó de pasar esta revista, un objeto blanco pasó muy cerca de él y se sumergió en la oscuridad. Era una paviota.

En las tormentas esta es la aparicion más agradable. Cuando las aves vienen el huracán se vá.

Gilliatt vió otra buena señal; la tronda aumentaba.

Las supremas violencias de la tempestad la desorganizan, y todos los marinos saben que la última prueba es ruda, pero corta. El exceso de rayos anuncia el fin de la borrasca.

La lluvia paró bruscamente. El huracán cesó; se quebró, por decirlo así. El inmenso aparato de nubes se deshizo. Una rendija de cielo claro brilló en la oscuridad. Gilliatt quedó estupefacto; estaba en pleno dia.

La tempestad habia durado cerca de veinte horas.

El viento que la trajo se la llevó. Oscuridad difusa llenó el horizonte. Las brumas rotas y fugitivas se amasaron en tumulto; hubo de un extremo á otro de la línea de las nubes un movimiento de retirada. Se oyó largo rumor decreciente, cayeron algunas rezagadas gotas de lluvia, y toda aquella sombra llena de

truenos huyó como un cortejo de carros terribles.

De repente el cielo quedó azul.

Gilliatt se apercibió de que estaba fatigado. El sueño se abate sobre el hombre rendido como una ave de presa. Gilliatt se dobló y se dejó caer en el barco sin buscar sitio y se quedó dormido. Permaneció así algunas horas inerte y tendido, casi como los tablones y las vigas sobre los que yacia.

LIBRO CUARTO.

Los dobles fondos del obstáculo.

I.

No es el único que tiene hambre.

Quando Gilliatt se despertó tenia hambre.

El mar se iba apaciguando, pero aun estaba demasiado agitado para poder partir en seguida. Además, el dia iba declinando, y para llegar á Guernesey con la carga que llevaba Gilliatt á la media noche necesitaba hacerse á la vela al rayar el dia.

Aunque el hambre le apremiaba, lo primero que hizo fué desnudarse para entrar en calor. Su ropa, que empapó la lluvia, la habia lavado el agua del mar y podia secarse. Solo se dejó puesto el pantalon, que se lo levantó hasta las rodillas.

Extendió y fijó con guijarros sobre las prominencias de las rocas la camisa, el chaqueton, el capote, las polainas y la piel de carnero.

Despues pensó en comer.

Recurrió á la navaja, que tenia cuidado de afilar y mantener siempre en buen estado, y con ella arrancó del granito algunas lapas. Ya se sabe que las lapas se comen crudas. Esa comida, despues de tantos y tan rudos trabajos, era demasiado frugal. No le quedaba ya galleta, pero agua tenia de sobra.

Aprovechando la circunstancia de estar bajando la marea, registró por entre las rocas, buscando langostas. Tenia bastante terreno á su disposicion y esperaba buena caza.

Pero no pensó que ya no podia cocer nada. Si se hubiera dirigido al almacen, le hubiera encontrado hundido por la lluvia y por el huracán. La madera y el

Carbon estaban anegados, y en la provisión de estopa que le servía de yesca no había seca ni una sola hebra. Le era imposible encender fuego. El fuelle, además, estaba desorganizado; el tejadillo del fogón de la fragua deshecho; la tempestad había saqueado su laboratorio. Con los útiles salvados de la avería acaso pudiese trabajar de carpintero, pero no de herrero. En aquella ocasión no se ocupaba del taller.

El estómago le arrastraba á otra parte, y sin más reflexión se lanzó en busca de comida. Se dirigió, no al interior del escollo, sino á la parte exterior, que era la opuesta á las rompientes. Allí diez semanas atrás la *Duranda* chocó contra los arrecifes.

Para la caza que perseguía Gilliatt, el exterior del desfiladero era preferible al interior. Los cangrejos, cuando baja la marea, tienen la costumbre de tomar el aire y el sol; les gusta la luz del medio día, y causa un efecto extraño verlos salir del agua en plena luz. Su aparición casi indigna. Cuando se les vé, con paso torpe y oblicuo, subir pesadamente de un escalón á otro por los picos inferiores de las rocas como por los peldaños de una escalera, comprendemos que el Océano también tiene sabandijas. Hacia dos meses que Gilliatt vivía de ellas.

Sin embargo, aquel día los cangrejos y las langostas no aparecían. La tempestad les obligó á guarecerse en sus escondrijos y quizás aun estaban asustados. Gilliatt, con la navaja abierta en la mano, arrancaba de vez en cuando algún molusco de bajo de las ovas. Iba andando y comiendo.

No debía estar lejos el punto en que se perdió el señor Clubin.

Mientras Gilliatt comía algunos equinos y erizos de mar, sintió bajo sus pies extraña impresión. Un gran cangrejo que espantó su presencia saltó al agua, pero no se hundió lo suficiente para que Gilliatt le perdiese de vista. Se puso á correr tras él por el basamento del escollo. El cangrejo huyó y Gilliatt le perdió de vista.

Se metió sin duda en alguna grieta debajo de la roca. Gilliatt se agarró á las partes salientes de ésta y estiró el cuello para ver por debajo de ella. Vió efectivamente allí una fragosidad, que es donde el cangrejo debía haberse refugiado. Aquella fragosidad era una especie de pórtico. El mar entraba por debajo, pero allí no era profundo; se veía el fondo lleno de guijarros. Los guijarros

eran verdosos y estaban tapizados de confervas, lo que era señal de que nunca se quedaban en seco. Parecían cabezas de niños con cabelleras verdes.

Gilliatt cogió la navaja entre los dientes, y agarrándose con los pies y con las manos, bajó al agua desde lo alto del escarpe. El agua le llegaba casi á la espalda.

Se internó por debajo del pórtico y se encontró en un corredor sin tipo ni carácter especial, que presentaba un esbozo de bóveda ojiva sobre su cabeza. Las paredes eran lisas y bruñidas. No veía el cangrejo. Avanzó, y al avanzar le parecía que el día declinaba; comenzó á no ver.

Al andar algunos pasos no encontró ya bóveda encima de él; estaba ya fuera del corredor. Había allí más espacio y por consiguiente más luz; además, sus pupilas se habían ya dilatado y veía bastante claro.

Quedó sorprendido. Acababa de entrar en la extraña cueva que visitó un mes atrás; solo que ahora entraba en ella por el mar.

Pasó por bajo del arco que vió anegado y que en las mareas bajas era practicable. Cada vez veía más claro. Estaba atónito al volver á encontrar aquel extraordinario palacio de las tinieblas, con su bóveda, con sus pilares, con sus púrpuras, con su vegetación de pedrería, con su cripta en el fondo, que era casi un santuario, y con aquella piedra inmensa y tallada, que era casi un altar.

No retenía en la memoria estos pormenores, pero recordaba el conjunto.

Volvió á ver á cierta altura en el escarpe la hendidura por la que penetró la primera vez, y que desde el punto en que se encontraba ahora parecía inaccesible. Volvió á ver junto al arco ojivo las grutas bajas y oscuras, que parecían una especie de cavernas en la cueva que había divisado desde lejos y que ahora distinguía desde cerca. La que había más próxima á él estaba en seco y era fácilmente abordable. Más cerca aun de aquel hundimiento notó, sobre el nivel del agua y al alcance de su mano, una hendidura grande y horizontal en el granito. Allí sin duda se ocultó el cangrejo. Metió en la hendidura el puño tan adentro como le fué posible, y empezó á buscarle palpando por dentro del tenebroso agujero.

De pronto sintió que le asían del brazo. Experimentó en aquel momento horror indescriptible.

Un objeto delgado, áspero, chato, frío, viscoso y viviente, acababa de enroscarse, en la oscuridad, alrededor de su brazo desnudo; le subía hasta el pecho, causándole la presión de una correa y dándole las vueltas de una barrena. En menos de un segundo no sé qué espiral le invadió la muñeca y el codo y le tocó el hombro; la punta le escarbaba el sobaco.

Gilliatt se echó hácia atrás, pero apenas pudo moverse; se quedó como clavado. Con la mano izquierda, que tenía libre, cogió la navaja que llevaba agarrada entre los dientes y se apuntaló contra el peñasco, haciendo desesperado esfuerzo para sacar el brazo derecho. Esto solo consiguió irritar aquella ligadura viva, que le apretó más; era elástica como el cuero, sólida como el acero, fría como la noche.

Otra correa estrecha y aguda salió de la hendidura del peñasco, como una lengua que sale fuera de la boca. Lamió espantosamente la cintura desnuda de Gilliatt, y largándose de pronto desmesurada y sutilmente, se le aplicó á la piel y le rodeó todo el cuerpo.

Al mismo tiempo sufrimiento desconocido henchía los crispados músculos de Gilliatt, que sentía en la piel surcos redondos y horribles. Le parecía que innumerables labios, pegados á la carne, querían beberle la sangre.

Una tercera correa ondeó fuera de la roca, tocó á Gilliatt y le flageló los lomos como una cuerda, quedando fija en ellos.

La angustia, cuando llega á su paroxismo, es muda. Gilliatt no lanzó ni un solo grito. Había allí bastante claridad para ver las repugnantes formas que tenía enroscadas.

Una cuarta ligadura, rápida como una flecha, saltó alrededor de su vientre y se enroscó en él. Le era imposible cortar ni arrancar aquellas correas viscosas, que se adherían estrechamente á su cuerpo por infinidad de puntos. Cada uno de estos puntos era un foco de extraño dolor.

Una quinta prolongación saltó del agujero. Se sobrepuso á las otras y se replegó sobre el diafragma de Gilliatt; la compresión y la angustia apenas le dejaban respirar.

Aquellas correas, que terminaban en punta, iban ensanchándose como hojas de espada hácia la empuñadura; las cinco partían de un mismo centro. Andaban y trepaban sobre Gilliatt, el que sentía cambiar de sitio las presiones os-

curas, que parecía que le ocasionaban otras tantas bocas.

De pronto de la hendidura salió una viscosidad ancha, redonda y chata; aquello era el centro; las cinco correas arrancaban de él como del eje los rayos de una rueda, y se distinguía al lado opuesto de aquel disco inmundo la raíz de otros tres tentáculos que se habían quedado en el agujero de la roca. En aquella viscosidad sobresalían dos ojos que miraban.

Gilliatt conoció que aquello era un pulpo.

II.

El mónstruo.

Para saber lo que es el pulpo es necesario haberle visto. Comparadas con él, las antiguas hidras eran seres inofensivos.

Momentos hay en que nos sentimos inclinados á creer que nuestros más vagos sueños encuentran en lo posible imanes que atraen sus lineamientos, y de ellos salen verdaderos seres. Lo desconocido dispone del prodigio y se aprovecha de él para crear el mónstruo. Orfeo, Homero y Hesíodo solo han podido crear la quimera, pero Dios ha formado el pulpo.

Cuando Dios quiere sobresale en lo execrable. El por qué de esa voluntad causa espanto al pensador religioso.

Admitiendo todos los ideales, si causar terror es un propósito, el pulpo es una obra maestra.

La ballena es enorme, el pulpo es pequeño. El hipopótamo lleva una coraza, el pulpo carece de armadura. La jararaca silba, el pulpo es mudo. El rinoceronte ostenta un cuerno, el pulpo no lo tiene. El alacran posee un dardo, el pulpo carece de él. El butnes tiene pinzas, el pulpo no. El tiburón se defiende con aletas cortantes, el pulpo carece de esas aletas. El escuerzo arroja un virus, el pulpo no. El león posee zarpas, el pulpo está sin zarpas. El águila hiere con el pico, el pulpo carece de pico. El cocodrilo presenta la boca armada de dientes, el pulpo carece de ellos. El pulpo no tiene masa muscular, ni coraza, ni cuerno, ni dardo, ni pinzas, ni aletas cortantes, ni alas con uñas, ni virus, ni garras, ni pico, ni dientes; y sin embargo, el pulpo es el más formidablemente armado de todos los animales.

Qué es, pues, el pulpo? Es la ventosa.

En los escollos de alta mar, en los huecos de rocas no visitadas, en las cuevas desconocidas en que abundan las vejetaciones, los crustáceos y las almejas, el nadador que, seducido por los encantos de la perspectiva, se aventura en ellos demasiado, se expone á un terrible encuentro.

Hé aquí lo que es este encuentro.

Una forma cenicienta oscila en el agua; es gruesa como el brazo y de media vara de longitud. Es un arambel; un andrajo parecido á un paraguas cerrado y sin mango. Anda poco á poco. De repente se abre y extiende ocho rayos como los de una rueda alrededor de una cara, en la que brillan dos ojos. Aquellos rayos viven; proyecta cierta fosforescencia su movimiento ondulatorio; forman una especie de rueda, que, desplegada, tiene cuatro ó cinco piés de diámetro. Aquella rueda se arroja sobre su víctima.

La hidra lanza al hombre su harpon.

Esta bestia inmundada se agarra á su presa, la cubre y la ata con sus largas correas. Por bajo es amarillenta, por encima de color de tierra. No hay pintor capaz de copiar su inexplicable matiz de polvo. Diríase que es un animal formado de ceniza que vive en el agua. Es araña por su forma y camaleon por su color. Cuando se irrita se vuelve violáceo. Es blando, pero sus nudos estrangulan; su contacto paraliza.

Tiene aspecto de escorbuto y de gangrena. Es una enfermedad ingertada en una monstruosidad. Es inarrancable. Se adhiere sólidamente á su presa.

Las ocho antenas, que son anchas en su origen, se van adelgazando hasta terminar en agujas. Debajo de cada una de ellas se prolongan paralelamente dos filas de pústulas decrecientes, las gruesas junto á la cabeza, las pequeñas en la punta. Cada fila tiene veinticinco, de modo que cada antena tiene cincuenta pústulas y el animal entero cuatrocientas. Cada pústula es una ventosa.

Estas ventosas son cartílagos cilíndricos, córneos y lívidos. En la especie mayor van disminuyendo de diámetro desde el de un duro al de una lenteja. Estos pedazos de tubos salen del animal y entran en él y pueden hundirse más de una pulgada.

Es un aparato de succión, que tiene la delicadeza de un teclado de órgano. Se prolonga y luego se contrae. Obedece á la menor intención del animal. La sensibilidad más exquisita no iguala á la

contractibilidad de sus ventosas, que es siempre proporcionada á los movimientos interiores del animal y á los incidentes exteriores. Ese dragon es también sensitiva.

Tal es el mónstruo que los marinos llaman pulpo, que la ciencia llama cefalópodo y que la leyenda llama kraken. Los marineros ingleses le llaman Devil-fish, esto es, el Pez-diablo. También le llaman *Blood-Ineaker*, chupador de sangre. En las islas de la Mancha se le llama *Pieuvre*.

Es muy raro en Guernesey, muy pequeño en Jersey, grande y bastante frecuente en Serk.

Un grabado de la edición de Buffon, de Somsini, representa un cefalópodo sujetando una fragata. Dionisio Monfort cree que el pulpo de las grandes latitudes tiene fuerza suficiente para echar á pique un buque. Bory Saint-Vincent lo niega, pero afirma que en nuestras regiones ataca al hombre. Id á Serk y allí os enseñarán el hueco de una roca en el que años atrás un pulpo acometió, cogió y ahogó á un pescador de cangrejos. No estaban en lo cierto Paron y Lamarch cuando dudaban de que el pulpo pudiese nadar, por carecer de aletas nataatorias.

El que estas líneas escribe ha visto en Serk, en la cueva llamada las Boutiques, un pulpo que perseguía á nado á un hombre que se estaba bañando. Mataron al pulpo, le midieron y tenía cuatro piés ingleses de envergadura, y se le contaron cuatrocientos chupadores, que al agonizar echaba fuera de sí convulsivamente.

Segun Dionisio Monfort, uno de esos observadores cuya intuición llega hasta lo imaginario, el pulpo tiene casi pasiones de hombre; el pulpo odia: efectivamente, en lo absoluto, ser deforme es odiar. Lo deforme se debate en la necesidad de eliminación que le convierte en hostil.

El pulpo, nadando, permanece, si así puede decirse, dentro de la vaina. Nada con todos sus pliegues cerrados. Representémonos una manga cosida con un puño dentro; este puño, que es la cabeza, empuja el líquido y avanza con vago movimiento ondulatorio. Sus dos ojos, aunque son grandes, se distinguen poco, por ser del color del agua.

El pulpo, cuando está cazando ó en acecho, se oculta, se achica, se condensa, se reduce á su más simple expresión. Se confunde con la penumbra. Parece

el pliegue de una ola. A todo se asemeja menos á un sér viviente.

El pulpo es hipócrita; no fijamos en él la atención, y de pronto, cuando menos lo pensamos, se abre. ¿Puede haber cosa más espantosa que la viscosidad que tiene voluntad, que el glutinante petrificado?

En el agua azul más limpia se levanta esta estrella del mar repugnante y voraz. No puede preverse su avance, lo que es muy terrible, porque cuando el nadador le vé ya está cogido.

Por la noche, sin embargo, particularmente en ciertas estaciones, el pulpo es fosforescente. Ese espantajo también tiene sus amores y busca el himeneo. Se embellece, se compone, se ilumina, y desde lo alto de una roca se le divisa en las tinieblas profundas, dilatándose con pálida irradiación. El pulpo nada y anda. Es anfibio de pez y de reptil. Se arrastra en el fondo del mar. Utiliza para andar sus ocho patas y trepa lo mismo que una oruga.

No tiene huesos, sangre ni carne: está hueco. Es un pellejo. Se pueden volver de dentro á fuera sus ocho tentáculos como los dedos de los guantes. Tiene un solo orificio en el centro, de donde parten sus rayos. ¿Este orificio es el ano ó la boca? Le sirve de las dos cosas; la misma abertura ejerce las dos funciones. El animal entero es frío.

Hay zoofitos en el Mediterráneo muy repugnantes. Es contacto odioso el de la gelatina animada, que envuelve al nadador, que hunde en ella las manos, hinca las uñas y la desgarran sin matarla, porque ese sér glutinoso y tenaz se le escurre entre los dedos; pero no hay estupor comparable con la súbita aparición del pulpo. Es Medusa coronada por ocho serpientes. No hay sobresalto semejante al que produce su contacto.

El cefalópodo es una máquina neumática que os ataca.

Teneis que luchar con el vacío con patas. Ni os dá zarpadas ni dentelladas, sino una escarificación indecible. El mordisco es temible, pero lo es mucho más la succión. La garra es suave comparándola con la ventosa. La garra es la bestia que entra en vuestra carne; la ventosa sois vosotros mismos que entráis dentro de la bestia. Los músculos de la víctima se hinchan, las fibras se retuercen, la piel estalla bajo una pesadumbre inmundada, la sangre salta y se mezcla horriblemente con la linfa del molusco. La bestia se sobrepone á su presa con

mil bocas infames; la hidra se incorpora y el hombre se amalgama con la hidra, formando un solo sér. El tigre nos devora, pero el pulpo nos aspira. Atrae al hombre y se lo asimila, y atado, pegado, impotente, se vé poco á poco vaciado todo él en aquel saco espantoso, que es un mónstruo. Más horrible aun que ser comido vivo es ser bebido vivo.

La ciencia empieza por rechazar á estos extraños animales, siguiendo en sus hábitos de excesiva prudencia, hasta que presencia los hechos y se decide á estudiarlos; los disecciona, los clasifica, los incluye en catálogos, los rotula, se procura ejemplares y los expone bajo fanal en los museos; los califica de moluscos, invertebrados, radiados; comprueba sus aproximaciones, un poco más allá de los camaleones, un poco más allá de las gubias; encuentra que esas hidras del agua salada tienen su análogo en el agua dulce, que es el argironacto; los divide en especies mayor, mediana y menor; admite con más facilidad la especie menor que la mayor, siguiendo la tendencia de la ciencia, que en todas las regiones es más espontáneamente microscópica que telescópica; examina su construcción y los llama cefalópodos; cuenta sus antenas y los llama octópodos. Pero nada más; donde la ciencia los deja, la filosofía los toma.

La filosofía estudia á su vez estos séres. Vá más y menos lejos que la ciencia. No los disecciona, pero los estudia. Después que trabajó en ella el escalpelo, hace trabajar á la hipótesis, busca la causa final, que es el profundo tormento del pensador. Casi le inquieta el que las ha creado. La dan sorpresas repugnantes, siendo los aguafiestas del contemplador, que se vuelve loco al comprobar su existencia. Los pulpos son las formas que el mal prefiere. ¿Qué pensar de esas blasfemias de la creación contra ella misma?

Lo posible es una matriz formidable. El misterio se concreta en los mónstruos. Pedazos oscuros salen del bloque de la inmanencia, se desgarran, se destacan, ruedan, flotan, se condensan, toman parte de la negrura del ambiente, experimentan polarizaciones desconocidas, adquieren vida, constituyéndola de no sé qué forma con la oscuridad y de no sé qué alma con el miasma, y se agitan como larvas con el movimiento de la vitalidad. Para qué? Para qué sirve eso? Hay que insistir siempre en la cuestión eterna.

Los pulpos tienen tanto de fantasmas como de monstruos. Están comprobados y son improbables. Es un hecho su ser, pero no ser sería su derecho. Son los anfibios de la muerte. Su inverosimilitud complica su existencia. Tocan en las fronteras humanas y pueblan el límite quimérico. Negamos el vampiro y se nos aparece el pulpo. Su hormiguelo es una certidumbre que desconcierta nuestra seguridad. El optimismo se mareta en su presencia. Constituyen la extremidad visible de los círculos negros y marcan la transición de nuestra realidad á otra. Parece que pertenezcan á aquel principio de seres terribles que el que sueña entrevé confusamente con los ojos cerrados.

Han sospechado, han apercibido tal vez en su éxtasis severo y con la mirada fija los magos y los filósofos semejantes prolongaciones de monstruos, primero dentro de lo invisible y despues dentro de lo visible. Por eso han conjeturado que existia un infierno. El demonio es el tigre de lo invisible. La bestia montés de las almas fué denunciada al género humano por dos seres visionarios é inspirados: uno de ellos se llamó Juan y el otro se llamó Dante.

Si, en efecto, los círculos de la sombra continúan indefinidamente; si despues de un anillo se encuentra otro; si esta gradación persiste en progresión ilimitada; si esta cadena, de la que nosotros dudamos, existe, estando el pulpo en una extremidad, Satanás debe estar en la otra. Estando el malvado á un extremo, la maldad debe estar al otro.

La bestia cruel, como la inteligencia perversa, es una esfinge. Esfinge terrible, que se propone resolver el enigma del mal. La perfección del mal es la que hizo inclinarse algunas veces á grandes pensadores á la creencia de un Dios doble, á creer en el temible Dios de los maniqueos.

Un tapiz de seda chino que robaron del palacio del emperador de la China durante la última guerra, representa un tiburón comiéndose á un cocodrilo, al cocodrilo comiéndose una serpiente, á la serpiente comiéndose á un águila, al águila comiéndose una golondrina y á la golondrina comiéndose una oruga. Toda la naturaleza que tenemos ante la vista come y es comida. Las presas se muerden unas á otras.

Hay, sin embargo, sábios que son á la vez filósofos, y por consiguiente benévolos para con la creación, que creen que

tiene ese hecho explicación satisfactoria. El objeto final deslumbra, entre otros, á Banñet de Génova, rival de Buffon, como más tarde Geoffroy Saint-Hilaire fué rival de Cuvier. Se dan la explicación siguiente: la muerte por todas partes exige el enterramiento en todas partes. Los voraces son sepultureros. Todos los seres entran unos en otros. Quien dice podredumbre dice nutrición. De esto dimana la limpieza espantosa del globo. El hombre carnívoro es un enterrador también; nuestra vida se forma de la muerte. Tal es la ley terrible. Nosotros mismos somos sepulcros.

En nuestro mundo crepuscular la fatalidad del orden produce monstruos. Direis: Por qué? ¿Es acaso esto una explicación? Si esa es la respuesta á la pregunta, ¿por qué no haber establecido otro orden? La cuestión eterna vuelve á renacer.

Vivamos, sea de ello lo que quiera; pero procuremos que la muerte sea para nosotros un progreso. Aspiremos á mundos menos tenebrosos, siguiendo á la conciencia que á ellos nos guía.

III.

Otra forma del combate en el abismo.

Tal era el animal que tenía preso á Gilliatt desde hacia unos momentos. Semejante monstruo era el habitante de aquella gruta, el espantoso géneo del lugar, una especie de sombrío demonio del agua.

En el centro de aquellas magnificencias se tropezaba con el horror.

Un mes antes, el día que Gilliatt penetró en la gruta por primera vez, su oscuridad tenía un contorno que él entrevió en los pliegues del agua secreta; este contorno es el pulpo, que estaba allí en su casa.

Cuando Gilliatt entró por segunda vez en la cueva persiguiendo al cangrejo, percibió la hendidura en la que el crustáceo se había refugiado: el pulpo estaba acechando en el agujero.

Se comprende lo que es este acecho? El pájaro no se atrevería á empollar, ni el pollo á salir del huevo, ni la flor á abrirse, ni el pecho á criar, ni el corazón á amar, ni el espíritu á tender el vuelo, si les preocupasen las siniestras paciencias emboscadas en el abismo.

Gilliatt metió el brazo en el agujero, el pulpo le atrapó y le tenía sujeto.

Gilliatt era la mosca de aquella araña.

Estaba metido en el agua hasta la cintura, con los pies crispados sobre los guijarros resbaladizos, con el brazo derecho amarrado y apretado por las enroscaduras de las correas del pulpo, y la espalda casi no se le veía bajo los pliegues y cruzamientos de aquel vendaje horrible.

De los ocho brazos del pulpo, tres se adherían á la roca y cinco á Gilliatt. De modo que el monstruo, aferrado por un lado á los peñascos y por el otro al hombre, tenía á Gilliatt encadenado en la roca, y estaba éste como si le chuparan cincuenta bocas. Se encontraba apretado dentro de un puño desmesurado, cuyos dedos elásticos, de más de un metro de longitud, estaban llenos interiormente de pústulas vivientes que le escaraban la carne.

Como ya dijimos, el pulpo es inarrancable, y oprime con más violencia cuantos mayores esfuerzos se hacen para desasirse de él.

A Gilliatt no le quedaba más recurso que la navaja.

Solo tenía libre la mano izquierda, pero ya sabemos que la estaba utilizando; en esta mano tenía abierta la navaja.

No se pueden cortar las antenas del pulpo, porque son de un tejido que hace resbalar la hoja, y se hincan de tal modo en la carne del hombre, que es imposible cortarlas sin lastimar la parte á que se adhieren.

El pulpo es formidable, pero sin embargo, los pescadores de Serk saben el modo de vencerle. Las marsoplas también lo conocen y muerden á los pulpos y á los individuos de su familia, cortándoles la cabeza. Por eso se encuentran decapitados en alta mar calamares, gibias y pulpos.

Efectivamente, el pulpo no es vulnerable más que por la cabeza. Gilliatt lo sabía.

Nunca había visto un pulpo de tan grandes dimensiones; por eso á primera vista le sorprendió su encuentro.

Para acabar con el pulpo, como para acabar con el toro, es preciso acechar la ocasión y aprovecharla. La ocasión es el momento en que el toro humilla la cerviz y el pulpo adelanta la cabeza; ese momento es rápido. El que no lo aprovecha está perdido.

Todo lo que acabamos de referir se verificó durante pocos minutos. Gilliatt, esto no obstante, sentía aumentarse la

absorción de las doscientas cincuenta ventosas.

El pulpo es traidor; lo primero que hace es atontar su presa. La agarra y luego espera el tiempo que puede.

Gilliatt, con la navaja abierta, miraba al pulpo y éste le miraba también.

De repente la bestia destacó de la roca la sexta antena, y lanzándola sobre Gilliatt, procuró cogerle el brazo izquierdo.

Al mismo tiempo adelantó rápidamente la cabeza para ir á aplicarle la boca-ano al pecho, y Gilliatt, desangrado por el flanco y con los dos brazos agarrados, hubiera sido hombre muerto.

Pero, aunque era acechado, acechaba también.

Evitó la antena, y cuando el animal iba á morderle el pecho, dejó caer la mano armada sobre el monstruo.

Entonces se experimentaron dos convulsiones en sentido contrario; la del pulpo y la de Gilliatt. Aquello fué la lucha de dos relámpagos.

Gilliatt hundió la punta de la navaja en la viscosidad viviente, y haciendo un movimiento giratorio, semejante á la torsión de un latigazo, describió un círculo alrededor de los ojos de la bestia y le arrancó la cabeza como se arranca un diente.

El animal cayó en tierra como un vendaje que se desprende. Con la destrucción de la bomba aspirante se deshizo el vacío. Las cuatrocientas ventosas soltaron á la vez la roca y el hombre. Aquel pingajo cayó en el fondo del agua.

Gilliatt, jadeante aun por la fatiga del combate, pudo divisar á sus pies sobre los guijarros dos montones gelatinosos é informes, que tenían la cabeza en uno y el cuerpo en el otro.

Gilliatt, temiendo alguna reincidencia en la convulsiva agonía del monstruo, se puso fuera del alcance de los tentáculos.

Cuando se convenció de que el monstruo estaba muerto, cerró la navaja.

IV.

Nada se oculta y nada se pierde.

Gilliatt mató á tiempo el pulpo: estaba ahogándose; tenía el brazo derecho y la espalda amoratados, y en ellos se esbozaban más de doscientos tumores; de algunos de ellos brotaba sangre. El remedio para curar esas lesiones es el